

eP Cosas de la vida | GRAN BARCELONA

Una mirada inusual a la capital de Catalunya

BCN se puso flamenca

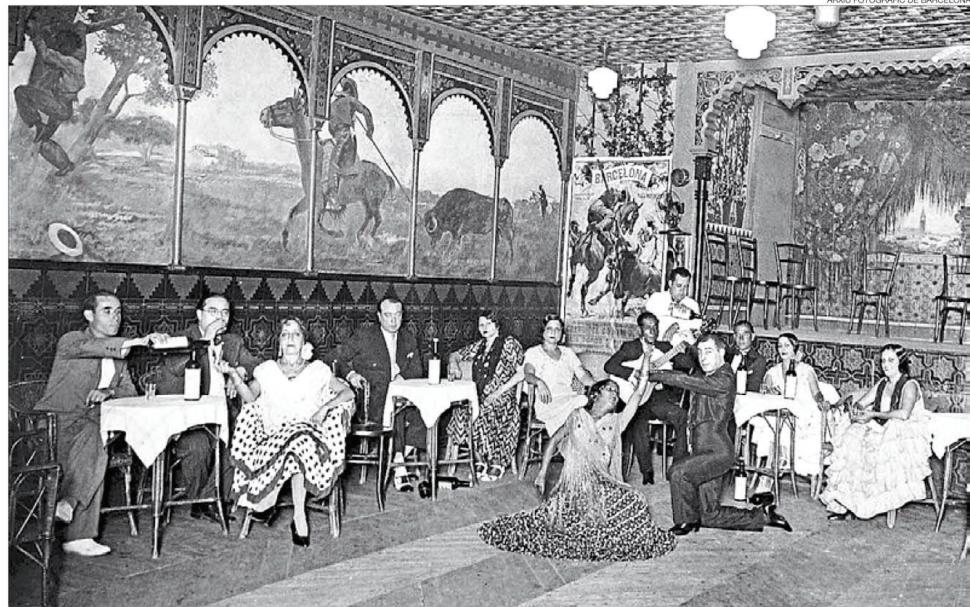
|| Una tesis doctoral radiografía los poco conocidos || Catalanistas, anarquistas y burgueses denostaron
años en que la ciudad fue la capital del duende || después el novelesco flamenco barcelonés

CARLES COLS / NÚRIA MARTORELL
BARCELONA

Hubo un tiempo en que la Lliga Regionalista y Esquerra Republicana de Catalunya se disputaban a la cantaora Lola Cabello para que actuara en la fiesta de su partido y no en la de su adversario en las urnas. Hubo un tiempo en que el dictador Miguel Primo de Rivera se lo pasaba en grande en el Patio del Farolillo, en Montjuïc, pero mejor parece que lo pasaba el general Sanjurjo, al que la prensa satírica de Barcelona rebautizó como el general Sanjurgua. Hubo un tiempo en que allí donde hoy Apple vende su exquisita tecnología, en una de las esquinas más nobles de la plaza de Catalunya, abrió sus puertas la Bodega Andaluza, un establecimiento muy elegante donde parte de la burguesía que salía del Liceo traspasaba entre acordes de guitarra. Eran los menos osados. Los más atrevidos bajaban por la Rambla y se metían de cabeza en el recién bautizado Barrio Chino, donde era célebre la Villa Rosa, «el templo supremo de la juerga», según las crónicas de la época, y también el Gran Bar Manquet, un tablao flamenco económicamente desastrosos que se financiaba con los beneficios que al dueño le daba un célebre burdel situado dos puertas más allá. Hubo un tiempo, sin exagerar, en que Barcelona era la capital española del flamenco. Una excelente tesis doctoral aborda ese muy poco conocido pasado de la ciudad. Tan excelente es que ya está en las librerías.

Montse Madridejos le ha dedicado cinco años de investigación exhaustiva a *El flamenco en la Barcelona de la Exposición Internacional 1929-1930*. El libro es una fotografía en alta definición de casi todo cuanto existió de flamenco en Barcelona en aquellos años previos a la proclamación de la segunda república. Cada noche había no menos de 10 espectáculos en cartel. Eran más de 400 los artistas que vivían del duende, entre tocaores, baileadoras y cantantes, y entre ellos estrellas internacionales, como la impetuosa e irrepetible Carmen Amaya, un ejemplo más de cuán farisaica es a veces este ciudad con su pasado. A Picasso, malagueño, le trataba como a un hijo legítimo, con su museo y todo. A Amaya, barcelonesa, tiende a olvidarla como a una bastarda.

Pero el libro no es un retrato ni una enciclopedia. Es una tesis doctoral que primero, es cierto, retrata con exactitud radiográfica una Barcelona olvidada que aparece en muy contadas ocasiones en la lite-



► Carmen Amaya, en Villa Rosa, según la prensa de la época «el templo supremo de la juerga».

el rastro

ARQUEOLOGÍA EN LA WEB

La huella arquitectónica más clara de aquella Barcelona tan flamenca es, aún hoy, el Poble Espanyol de Montjuïc, una obra concebida como efímera que, sin embargo, ha resistido el paso del tiempo. Allí fué efervescente la vida del Patio del Farolillo y de los Corales, pero de los locales más célebres de la ciudad apenas queda nada en pie, en algunos casos porque las reformas urbanísticas han hecho desaparecer incluso algunas calles, y en otros porque nunca fueron establecimientos que se distinguieran por sus sólidos cimientos. Montse Madridejos, sin embargo, ha creado una web en la que queda constancia de la situación exacta de muchos de aquellos tablaos, con imágenes de archivo en ocasiones, en www.historiasdeflamenco.com.



► Cuadro flamenco en el Patio del Farolillo, donde Primo de Rivera y el general Sanjurjo se lo pasaron pipa.

ratura (*Vida privada*, de Josep Maria de Sagarra, es una dignísima excepción), pero que después, en segundo lugar, bucea en busca de qué fuerzas soplaron para apagar esa llama, que curiosamente no fueron solo las del catalanismo más esencialista. Enric Prat de la Riba, prohombre del protonacionalismo catalán, desaconsejó que los niños asistieran a espectá-

culos de flamenco por insanos. Pero con más empuje censuraron el arte de la roja pasión los anarquistas y los sindicalistas, ya que consideraban que los tablaos embrutecían y

alienaban a la clase obrera. Tenían sus motivos para recelar, pues no en vano a algunos de los recónditos locales del Barrio Chino iban caras bien conocidas de la burguesía catalana en busca de diversión, lo que en último término hizo que otra parte de la burguesía catalana, la que ni por asomo entraña a anarquistas y catalanistas en su cruzada de menosprecio contra el flamenco.

El clímax de aquellos poco estudiados años llegó con la Exposición Internacional de 1929. El Poble Espanyol de Montjuïc fue un éxito turístico, y en especial sus tablaos. Barcelona alcanzó una fama internacional inédita hasta entonces, pero antes de todo aquello el flamenco ya estaba allí, sobre todo de la mano de los Borrull, que fueron a ese negocio en la ciudad lo que los hermanos Warner fueron a Hollywood. La tesis de Madridejos sigue por ejemplo la pista de cómo el Villa Rosa, el más famoso local de esa familia, situado en el número 3 de la calle del Arc del Teatre, tuvo la fortuna de que un día unos amigos le organizaran una juerga allí a Santiago Rusiñol, lo cual dio a conocer el establecimiento. Después vendrían las noches de champán francés y conac bien caro y de las



peles organizadas para que los extranjeros se lo pasaran bien, en las que los desperfectos se pagaban de antemano. La lista de famosos que por ahí pasaron es larga.

RESUMEN Y PREGUNTA / La cuestión final es que Barcelona conoce poco o nada su pasado flamenco. Unos acordes apenas. A menudo desafinados, pues se sostiene a veces con desatinado que los tablaos que ofrecían flamenco a los turistas en los años 50 y 60 eran una maniobra del franquismo para españolizar Catalunya. No es así. Barcelona fue a principios del siglo pasado la ciudad más flamenca de España. Mucho tuvo que ver en ello la gran ola migratoria que conllevó la Exposición de 1929. Cabe si acaso la pregunta de si el turismo terminó por empurrar esa expresión artística. La autora de la tesis dice que no. «Sin gitanos no habría flamenco, pero sin turismo probablemente tampoco habría sobrevivido».